

# *Entrantes*

## **1. Acerca de los filósofos y de otros demonios**

Regresaba yo de impartir una charla en un local junto al Museo Nacional de la Revolución de México y caminaba hacia la parada del metro de Hidalgo, compartiendo el sol del mediodía con la hospitalidad del ciudadano. Mientras, me deleitaba con los olores indígenas y los colores vibrantes de la variada gastronomía de los puestos callejeros: las tortas de puerco, los tacos de cochinita, los tamales oaxaqueños, el pollo con mole poblano, algunos chilaquiles extemporáneos y las aguas frescas de guayaba, horchata, guanábana y chía. Junto a uno de los puestos, que con lujuriosas letras anunciaba tortas de res a treinta pesos, una ajada chiapaneca tojolabal de profundos ojos verdes cautivaba a las turistas vendiendo unas blusas blancas bordadas con hilo azul en las mangas y en el pecho, y unas faldas verdes con listas que reproducían los colores patrios. Al otro lado de la calle, un pequeño de no más de seis años anunciaba que, «por cinco pesos», podías alegrar el paladar con dos chocolatinas enchiladas antes de llegar a casa. Su propuesta me trasladó mentalmente a una ambrosía: una malteada de vainilla coronada por nata y su cereza a modo de guinda que me había zampado con una cemita en el mercado de Puebla. Pensando en comprar una en el VIPS antes de llegar a mi casa de adopción en Copilco, un infortu-

nado incidente atravesó con su metal herrumbroso aquella orgía gastronómica...

No solo de manjares culinarios vive este pueblo: la violencia forma parte de su cotidianidad. Ríos de niños y jóvenes esnifando Resistol en Tepito, jóvenes púberes violadas en los barrios rarámuris en Chihuahua, el adolescente asesinado en la esquina del Oxxo de Copilco durante las elecciones que dieron el poder a López Obrador, la desaparición de los cuarenta y tres normalistas del norte, la narración de un buen amigo encañonado mientras leía un libro de filosofía en una pecera... Todo esto también formaba parte del paisaje.

En la escalera del metro de Hidalgo, un muchacho (¿o era un viejo?) se desparramaba como desecho social excretado por nuestro sistema cosificador. Su invisibilidad fue un proyectil lacerante que se me clavó en el pecho. México alimenta el cuerpo del turista y gratifica su visión, aunque, también, le recrimina su culpabilidad acomodada cuando sale de los cordones sanitarios reservados a los primermundistas senderos.

No alcancé a ver su imagen la primera vez que me lo crucé; sin embargo, mi cuerpo lo *percibió*: primero, como amasijo de carne y, luego, como ser sufriente que no se merecía aquel destino. Quise *conceptualizarlo* como el cumplimiento de aquella máxima levinasiana que señala que el rostro del otro nos compromete éticamente, aunque mucho me temo que nunca *vi* su rostro.

No puedo aducir heroicidad alguna cuando mis piernas me empujaron a comprar para aquel ser imperceptible una torta de jamón con queso y una Coca-Cola: cuando las determinaciones salen de las entrañas y la pasión actúa, no se tiene derecho a recibir aplausos. Es más, no solo no había prebenda o galardón por mi regreso, sino que se abría mucha culpa social en el turista. Ese vicio,

que Jaspers había explicado en *El problema de la culpa*, dependía de pertenecer a una sociedad que permitía aquello y que, además, cegaba debido a un pudor estético o que estigmatizaba al propio desplazado como criminal, vago o maleante. Esta era la denuncia de Horkheimer y, luego, de Foucault y de Davis: el poderoso no se conforma con oprimir al vencido, sino que pretende responsabilizarlo de su propia caída.

Saludé al muchacho y me incliné para ofrecerle la bolsa con las viandas que acababa de comprarle. Creo recordar que

abrió mucho los ojos, pues su sorpresa por mi acercamiento fue mayúscula. Y, sin embargo, no sé si se sobresaltó más él por mi amable gesto o yo por su respingo. Se replegó sobre sí mismo en una contorsión imposible y se retiró hasta un inexistente fondo de la escalera en un intento por protegerse de mí. La sombra lo cubrió por completo hasta que la invisibilidad del abismo fue total.

Aunque no recuerdo sus facciones (¡ay!), su tobillo desnudo y oscurecido por el hollín de la megalópolis y por la ruindad de la vida dejó una huella tan profunda en mi memoria como para testimoniar su existencia en el comienzo de este libro.

Mi mente, romantizada, compasiva y, a la vez, colonial, pensó que el muchacho se estaba muriendo; quizás, para enfatizar mi hazaña. Sin embargo, la realidad debió de ser más obscena: probablemente, aquel joven se encontraba bajo los efectos del «pegamento», ese que se consume en las periferias del zócalo para calmar el hambre.

En cuanto aceptó la bolsa, le pregunté su nombre. No me entendió, aunque me sonrió (o eso preferí suponer). Quise repetir mi cues-

**«La filosofía posee una sutil vocación pornográfica: se trata de desnudar la realidad».**

tión, pero su tobillo sucio se había impuesto como un muro más alto que el que quiso construir Trump para separar nuestras existencias.

Entre mi confusión, sus actitudes huidizas y mi falta de pericia en aquellas lides, mis piernas tomaron una decisión: me pusieron en pie y me llevaron al metro, con lo que me robaron la posibilidad de averiguar quién era aquel chico.

Pasé la tarde cavilando, sin malteada del VIPS, con el estómago revuelto y el espíritu turbado. Me inventé mil disparates para *ayudarlo*: crear un reto de Twitter que invitase a realizar una buena acción con un pobre de la calle, pagarle un pasaje y traérmelo a España, buscarle un comedor social donde pudieran atenderlo, llevarlo a un refugio, crear un instituto de filosofía donde dotásemos de valores y fortaleza éticos a los sintecho y otras patrañas desarrollistas semejantes.

Horas más tarde, protegido por la nostalgia de la luna, por una manta coralina de algodón y filos de pelo de oveja merina, y por la seguridad de no quedar expuesto a su abismo, advertí que desconocía no solo su nombre, sino si su estómago estaba preparado para comer lo que le había comprado, si eso era lo que necesitaba, o si (mi cacareada heroicidad) aquella infausta torta había obstaculizado su liberación final de aquel cúmulo de desdichas vitales que lo habían condenado al reclusorio del metro de Hidalgo.

Por la mañana, seguía pensando en aquel tobillo engullido por el hollín... Ojalá el indigente se hubiera levantado y, como si se tratase de un Diógenes del siglo XXI, hubiese respondido a mi obsequio: «Anda, muchacho, quítate de en medio, que me estás arrebatando el sol de la tarde»<sup>1</sup>, y añadido un cínico: «Que la

---

1. «Congregados los griegos en el Istmo, decretaron marchar con Alejandro a la guerra contra la Persia, nombrándole general; y como fuesen muchos los hombres de Estado y los filósofos que le visitaban y le daban el parabién, esperaba que haría otro tanto Diógenes el de Sinope, que residía en Corinto.

carne de burro no es transparente». Por desgracia, ni el indigente se convirtió en un Diógenes que me transmitiera una verdad de campeonato, ni yo era un Alejandro que ambicionase la vida miserable de aquella extremidad oscura.

Al cabo de unos días, seguí comiendo tortas de puerco, tacos de cochinita, tamales oaxaqueños y pollo con mole poblano. Hoy, mantengo mi pesar filosófico por aquel tobillo ennegrecido, continuo pensando en cómo la filosofía puede hacer algo en estos casos e intento aferrarme a la máxima de Hume: «Sé filósofo, pero en medio de toda tu filosofía continúa siendo un hombre». Quizás la filosofía aplicada (o las prácticas filosóficas) sea una respuesta, aunque no aspire a ser la solución o, tal vez, buscando salvar a otros, solo anhelemos el propio rescate inherente a cualquier *pobre niño rico...*

## 2. Antiobjetivos

Partiendo de la experiencia anterior y de otras que se narrarán en las siguientes páginas, este libro ofrece una respuesta *ex-céntrica*

---

Mas éste ninguna cuenta hizo de Alejandro, sino que pasaba tranquilamente su vida en el barrio llamado Craneo, y así, hubo de pasar Alejandro a verle. Hallábase casualmente tendido al sol, y habiéndose incorporado un poco a la llegada de tantos personajes, fijó la vista en Alejandro. Saludóle éste, y preguntándole en seguida si se le ofrecía alguna cosa, “Muy poco —le respondió—; que te quites del sol”. Dícese que Alejandro, con aquella especie de menosprecio, quedó tan admirado de semejante elevación y grandeza de ánimo, que cuando retirados de allí empezaron los que le acompañaban a reírse y burlarse, él les dijo: “Pues yo, a no ser Alejandro, de buena gana fuera Diógenes”».

PLUTARCO, *Vidas paralelas* VIII: 182. Disponible online en <https://historicodigital.com/download/Vidas%20paralelas%205.pdf>, último acceso el 25 de junio de 2020.

a la posibilidad de colaborar con el colectivo vulnerable. Su propuesta muestra una adhesión a la anormalidad y a los anormales debida a varios puntos.

Primero: Diversas propuestas educativas con estos grupos instan a una formación en valores como la igualdad o la paz. Nuestra propia disciplina ha sido proclive a generar cursos de educación en valores cívicos y sociales, y se ha jactado de sus beneficios directos e indirectos: a los tradicionales de mejora de la convivencia se une el progreso social con mujeres que, al acceder a estudios superiores, limitan el número de hijos, lo cual limita a su vez la sobrepoblación. El lector que espere un libro de estas características puede devolver este volumen a las estanterías, no sin antes recibir mi despedida: *Sayonara, baby*.

Segundo: Existen atractivos modelos de ayuda a los pobres que luchan contra la pobreza extrema y contra los factores que impiden el avance de las sociedades subdesarrolladas. Los Objetivos del Desarrollo Sostenible de la Unión Europea proponen no solo acabar con el hambre, sino fomentar la protección de los animales y del medioambiente. La teoría de las capacidades de Amartya Sen y de Martha Nussbaum ha fomentado que las sociedades vulnerables mejoren la igualdad social y, en general, la libertad. Tampoco se pretende en las siguientes páginas apostar por estos paquetes envueltos en papel de lino y con un bello lazo neoyorquino.

Tercero: Muchas personas defienden que una buena solución para el problema del tercer mundo requiere un diagnóstico de las poblaciones subdesarrolladas. Estas describen el problema en el analfabetismo de las comunidades indígenas de América Latina, las hambrunas de las tribus en África o la desigualdad que sufren las chicas de la India. Todos sus habitantes (aseveran los

catedráticos de los comentarios de textos y los especialistas de las notas a pie de página) sufren de acuerdo a estándares embalados y denunciados por las comunidades científica y filosófica. Lamentablemente, para muchos paseantes de bibliotecas, este libro no establecerá un diagnóstico por medio de la filosofía, ni la utilizará como una caja de herramientas para este u otros fines.

Cuarto: Los avances en la ayuda al desarrollo son reseñables en los últimos años. De hecho, en menos de medio siglo, se han reducido hasta por debajo de la mitad las muertes infantiles por causas asociadas a la falta de desarrollo. Pese a la necesidad de estos avances, todos los peritos de la pobreza que agostaron su vista y malograron su espíritu tras una pantalla son libres de meditar sus imposturas insondables en otras secciones de esta librería. De hecho, quien piense que este libro sirve para *ayudar* a los últimos de la sociedad es posible que yerre si lo compra... Es posible.

### 3. Destinatarios

Este libro será de utilidad a educadores, activistas y voluntarios que ejercen su acción en países empobrecidos, conscientes de que en los basureros hay esperanza; a aquellos que dan la bienvenida al monstruo sin temer el suicidio.

La filosofía posee una sutil vocación *pornográfica*: como decía Ortega y Gasset, se trata de desnudar la realidad, de dejarla en sus puras carnes. Eso, cuando menos, crea ciertas incomodidades a las sociedades de *instagrameros* que prohíben un pezón y bloquean a quien se niega a encajar en la ideología en curso. Esta vocación pornográfica no queda en pura pretensión en la filosofía que presentaremos, ni se presenta como retórica dolida del filósofo que se lamenta de que todas las veleidades y errores comienzan más

allá de la línea de sus despachos. Este texto *baja* a la calle, lo cual no es sinónimo de *hacer* la calle. Se mezcla con su degradación de forma práctica para cuestionar modelos: tanto de la filosofía de cognac y brasero como de los teóricos de la estigmatización cuyas afirmaciones no van más allá de tener una niña apadrinada en la India a quien visitan en Nueva Delhi sin abandonar su botella de agua mineral para evitar las consecuencias de la pobreza.

Este descenso a los infiernos se concreta en la labor de filósofos que aparecen junto a la reclusa que cumple condena en una prisión mexicana por haber matado a su esposo para evitar que este acabase con la vida de su bebé; desarrolla la criticidad del asesino de diez años rescatado de la guerrilla colombiana que solo entiende la lógica de la dinamita, la munición y la sangre; se ejecuta junto al yanomami que ha visto cómo le han arrebatado a sus hijos, seducidos por la ideología egoísta del blanco. Ahora bien, esta filosofía también se ocupa del pobre rico que ha perdido horizontes y que entiende que su abundancia en euros lo protege del frío del invierno y que, por ende, no comprende por qué siente aterida su entraña; o del ingenuo turista que, con candidez y soberbia, se entristece porque los indígenas solo comen una vez al día.

Aunque esta condición pornográfica e indecorosa resulte útil a los educadores, constituye, por otro lado, una invitación al curioso de cualquier disciplina, e incluso a quien carece de estudios, que quiera sorprenderse de cómo la filosofía vuelve a galopar por los caminos y las veredas no solo para hablar, sino para escuchar y crear contradicciones que «asombren». Quizás uno de esos sorprendidos acabe recuperando las preguntas filosóficas que se repetía en su niñez o, aún mejor, abandone esa desvergonzada actitud de hablar y aprenda a escuchar: al fin y al cabo, «en el país de los bienaventurados, quien habita es el silencio»<sup>2</sup>.

---

2. HÖLDERLIN, F., *Hiperión o el eremita de Grecia*, Madrid, Hiperión, 2001, p. 78.



Por último, este libro se dirige a ese grupo de filósofos que, como cualquiera de los anteriores, se oponen al bostezo de la razón y la siesta argumental. Será propicio para aquellos que no solo entienden a Feuerbach, sino que saben deconstruirlo y ensuciarse las manos al llevarse al anciano que pide en la calle, o le regalan con cinismo a Habermas a quien se queja de que la culpa de la extensión del coronavirus se debe a los jóvenes. Será adecuado para aquellos filósofos que, con su crítica constructiva a la negatividad, han superado las imposturas inmovilistas del dandi y cuentan con la confianza suficiente en su labor y compromiso social para afirmar, contra la corporación académica más rancia y junto a la protagonista de la película *28 días*, «nunca seas el eslogan de nadie porque tú eres poesía».

#### 4. Contenidos

Frente al hambre que acomete nuestro mundo, este libro ofrece un opíparo menú para el que, esperamos, estén preparados los estómagos de nuestros lectores.

El primer plato se centra en la explicación de un modo de hacer filosofía: la filosofía aplicada. Esta no pretende ofrecer discursos, sino dotar de herramientas para que los participantes en talleres y consultas lo generen por sí mismos. Mantiene la confianza kantiana que asumía que era necesario alcanzar la mayoría de edad de la ciudadanía<sup>3</sup>. Se alza una irreverencia culpabilizadora en las conferencias

---

3. «Ilustración significa el abandono por parte del hombre de una minoría de edad cuyo responsable es él mismo. Esta minoría de edad significa la incapacidad para servirse de su entendimiento sin verse guiado por algún otro. Uno mismo es el culpable de dicha minoría de edad cuando su causa no reside en la falta de entendimiento, sino en la falta de resolución y valor para servirse

(¿sermones?) filosóficas que plantean sus diagnósticos y soluciones a grandes audiencias y donde el turno de preguntas solo se usa para defender la propia posición alzada por el estrado, pero no para ejercer la autocrítica. Recordemos que Foucault aseveraba que la falta de mayoría de edad se debía, entre otras razones, a que «otros se han prestado servicialmente a tomarlos bajo su conducción»<sup>4</sup>. Esto no supone un rechazo al aprendizaje de contenidos o de la clase magistral: hace más de una década y media, defendí en la Universidad de Oporto que una filosofía aplicada sin una filosofía teórica era ciega<sup>5</sup>.

El segundo plato se detiene en las características de los pobres y despreciados. Encuentra que este grupo no solo integra a los desposeídos económicos, sino que descubre la cantidad de pobres niños ricos que pueblan el hemisferio norte. Por otra parte, reflexiona sobre diversas razones para donar tiempo y esfuerzo, y concluye que esto no es una obra optativa, sino un auténtico deber para quien pueda permitírselo. Obviar esta demanda supone un robo por omisión.

El postre materializa las propuestas para evidenciar que nuestra labor no es la de filósofos agorafóbicos ni la de los teóricos de pluma y papel. Los estómagos más curiosos podrán imbuirse en el enrejado minucioso de algunas sesiones que amplían la percepción, mejoran el gobierno de las pasiones, vacunan contra la manipulación de la ideología y afianzan tanto las relaciones con el otro como la escucha.

---

del suyo propio sin la guía del de algún otro. Sapere aude! ¡Ten valor para servirte de tu propio entendimiento! Tal es el lema de la Ilustración».

KANT, I., «Contestación a la pregunta: ¿Qué es la Ilustración?», en Kant, I., *¿Qué es la Ilustración?*, Madrid, Alianza, 2013, pp. 87.

4. FOUCAULT, M., *El gobierno de sí mismo y de los otros*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2013, p. 45.

5. También que una teórica sin una aplicada me resultaba... En fin, les dejo que busquen el final de la frase: casi todo está en internet.

La adenda final se presenta como una síntesis para disfrutar el recorrido con una copa de coñac en la mano y emborracharse en la displicencia de los filósofos que se vanaglorian de ser anormales.

Todos estos contenidos se inspiran, por un lado, en estudios de pensamiento contemporáneo, filosofía para/con niños y filosofía aplicada; y, por otro, en la práctica iniciada hace más de dos décadas en universos de cooperación con los invisibles. Por ello, la autoridad de lo que sigue no procede solo de las diatribas mantenidas con Platón, Séneca, Kant, Fraser, Zambrano o Davis, sino de los golpes que reciben los silenciados. En suma, unimos al rigor filosófico las experiencias lacerantes de aquellos a quienes ha enmudecido la ideología victoriosa. Esta filosofía se opone al mero recetario para salvar el mundo, pues divulgar la filosofía implicará estar junto al vulgo sin necesidad de trivializarla.

## **5. Agradecimientos**

Cuando, tras una conferencia sobre nuestro trabajo en prisiones, Laura Morrón, directora y editora de Next Door Publishers, vertió argumentos elogiosos a nivel personal, y posteriormente de forma pública en redes sociales, sobre nuestro trabajo, me alegré de que alguien externo a la filosofía se interesase por un área en ocasiones rechazada y desconocida por la academia. Cuando me propuso la escritura de un libro sobre «cualquier tema de filosofía que estuviera trabajando», respondí animado y confuso. Un año y medio después de firmar el contrato, me apercibo de su temeridad: cuando se compra una casa sobre plano, el salón acaba siendo más pequeño y el sol no entra por ninguna de las ventanas. Por tanto, mi primer agradecimiento va para su actitud valiente. También, agradezco sus múltiples sugerencias, que llevaron a aliviar la carga académica, el aparato crítico y la extensión,

hasta reducir las a la mitad. A Laura deberá el lector agradecimientos por haberle ahorrado dolores de cabeza innecesarios.

El segundo agradecimiento se lo dedico a la responsable de que el manuscrito no se haya retrasado (demasiado): mi mujer. Su fuero de abogada la impulsaba a instarme a cumplir plazos «puesto que había firmado un contrato y los convenios legales son sagrados». Este comentario me hizo temer que, ante mis demoras, ella acabase abandonando la toga para tomar el hábito de madre superiora.

En tercer lugar, son inspiradores los compromisos sociales de profesores de mi universidad como Fátima León, Concha Torres (presidenta de Tiritas Creativas) y Áurea Muñoz; los de quienes imparten clases en universidades extranjeras como Ángel Alonso (de la UNAM, México), Laura Giraldo, Víctor Rojas y su equipo de Uniminuto y Victoria Sarmiento (de la UNAD, Colombia), Edson R. Nardi (del Centro Universitario Claretiano, Brasil) y Jorgelina Russo y Claudia Perlo (de Rosario y Vitoria, Argentina), entre otros. También, desde la dirección de las instituciones, el trabajo de Eva Trigo y el resto del equipo de la Oficina de Cooperación al Desarrollo de la Universidad de Sevilla ayudan a entender que «otra universidad es posible».

Asimismo, quiero agradecer a los alumnos que, a un lado y al otro del Atlántico, me han demandado mantenerme en este camino y desplegar un hambre de filosofía y una sed de justicia.

*Last but not least*, mi agradecimiento para todos aquellos reclusos y reclusas latinoamericanos, menores de edad en casas hogar y jóvenes de los barrios periféricos de Brasil y de España, por regalarme sus luchas y enseñarme que la cooperación con ellos es como la deuda pública: limitada en capital donado, pero infinita en intereses recibidos.